Flirt

30 cts.

Dibujo de Ochoa.

Núm. 6

© Biblioteca Nacional de España

PRENSA POPULAR
Calvo Asensio, 3. - Madrid.
- Apartado 8.008 -

AÑO I -- NUMERO 6
Madrid 16 Marzo 1922

ACTUALIDAD GALANTE COSMOPOLITA

EL AQUELARRE.—*En Sicilia, la apasionada, ha ocurrido la tragedia. Como una venganza del clasicismo contra las ulteriores profanaciones, desde que en la tierra de la sensualidad hubieron de convertirse los sátiros, como en la página de Anatole France, en legos servidores de los ermitaños...*

En la cumbre que domina una dilatada finca de bosque y pastos, hay una casa donde se refugian los gañanes para dormir.

Una vieja muy vieja, setentona, seca, abrujada, cuida del rancho. Cada dos semanas unos mozos bajaban al pueblo, con objeto de mudarse las ropas y humanizarse un poco entre las gentes. Se llevaba el turno de una y otra mitad de la escuadra de monteses. Y con los relatos de quienes regresaban del domingo con mosto y abrazos, animábanse a esperar su vez los que aun permanecerían en su cárcel dos cuartos de luna. Pero por causa de unos temporales, de anomalías en el hato, por añagaza de alguna maligna deidad, se interrumpieron las gustosas excursiones a la aldea, y poco a poco se hizo insoportable el destierro. Quizás solo en una choza, nadie de la cuadrilla se resistiría a sufrir su tristeza. La excitación de hallarse juntos contagiaba de protesta. Por fin, estalló el contenido ímpetu. Y nada tan inesperado como lo que calificaríamos de válvula de escape en aquella congestión de ardores. Una noche, los rústicos, se atacaron, con palos, con hachas, a mordiscos, con una escopeta. Murió uno de los combatientes y resultaron varios malheridos. Ni los lobos demostrarían igual furor...

Lectora bonita, ¿no adivinas el motivo de la batalla? El amor. La soldadesca, los presidiarios, las diversas legiones de machos condenados a una continencia de pesadilla, seguramente comprenderán en seguida. Los salvajes se disputaban la vieja terrible que cocinaba para ellos, y se mataron como luchó Troya por Helena. ¿Te ríes, locuela, pensando en que tú y tus amigas pudiérais arañaros por uno de esos ancianos protectores vuestros, con sus patillas blancas y engomadas, un paquetito de marron *y su talonario? Imaginaos que no existía para vosotras más hombre que uno de esos senadores o académicos. En él acabaríais por ver y desear todas las bellezas y arrogancias de los héroes juveniles. El espejismo eterno con sus engaños corruptores. Así las humanas bestias del drama adoraban a la propia Venus en el monstruo, y enloquecieron de pasión. Y así, al cabo de los siglos, el dios Pan, los faunos, los silvanos y los sátiros, han sabido vengarse de que donde hubo ninfas, se haya instalado la amargura de nuestro vivir. En el caso de Sicilia está representado el mundo entero.*

F. García Sanchiz

—Me viste el Marqués.
—¿Pues no decías que el Barón?
—No hija, ¡ese me desnuda!

— Sí, Marquesa, a mi hermana y a mí nos corresponden varias partes del capital, pero solamente entre mis partes tengo yo una fortuna.

Dibujos de LINAJE.

© Biblioteca Nacional de España

¡QUE CORAZON TAN GRANDE!, POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Había prometido al director de la revista FLIRT un artículo alegrete, tirando a verdecillo. No me satistacía ninguno de los temas a explotar, unos por demasiado sosos y otros por excesivamente picantes, y en el camino de la casa de «Prensa Popular», en donde me proponía disculpar el incumplimiento de mi compromiso, catate que me encuentro un bolso. Levántolo del suelo; colijo que es de una mujer llamada Lola; escudriño sus pliegues y le saco del aterciopelado seno dos llaves, un pañuelo perfumado, una caja de pastillas para la tos, tres pesetas y cuatro cartas amorosas. Ver éstas y ocurrírseme salir del paso enviándolas a FLIRT para su reproducción, fué todo uno. Y, en efecto, a continuación inserto las cuatro epístolas, no haciendo lo propio con el pañuelo, con las pastillas, con las llaves y especialmente con las pesetas, porque la reproducción de todo esto en la Revista sería más difícil que la de las cartas.

Y aquí las tiene el lector, dirigidas a la dueña del bolso por cuatro novios diferentes y reveladoras de que la interesada está en posesión de una estupenda víscera cardíaca.

Dibujo de OCHOA.

I

«Idolatrada Lola: ¿Adónde quieres que te lleve para gozar juntos de nuestro puro amor?

¿Prefieres la vida cortesana, llena de atractivos y variada en sus detalles, la vida de gran capital europea, donde luzcas en bailes y coliseos los encantos de tu figura, realzados por la brilantez de las joyas y el buen gusto de los encajes?

¿Prefieres, por el contrario, reina de mi corazón, los placeres a que el campo convida, oyendo cómo el arroyo murmura, contemplando cómo crece la hierba, escuchando el inocente cántico de los cucos, percibiendo el perfume de la apacible floresta y el rumor de las esquilas del ganado que pace?

¿Quieres que te lleve a París, a Niza, al desierto de Sahara, a las Indias orientales, a Vicálvaro?... Yo también lo deseo, encanto mío; pero habrás de conformarte por ahora con un modesto pisito en la calle del Tribulete. Después... Dios dirá.

Ya ves cómo te ama tu

Pepitín.

P. D.—Se dice que un tal Rodríguez te... Pero no lo creo.»

II

«Prenda de mi corazón: Reconozco mis defectos y no debo ocultarte el principal de todos.

Soy tan celoso, que Otelo comparado conmigo fué una libélula, y a mi carácter habrás de someterte por las buenas o por las malas.

No saldrás de casa más que los días de Carnaval, con disfraz y sin soltarte de mi brazo un solo momento.

Respecto a los miembros de tu parentela, elige entre dos caminos: o la ruptura del trato con ellos o la estrangulación de los mismos tras de la tuya.

En casa no consentiré que el carbonero suba la leche ni el lechero suba el carbón, o viceversa. La entrada de cualquier hombre en nuestro domicilio es tu sentencia de muerte. Y no te asomarás al balcón sino de espaldas a la calle y metida en un baúl. ¿Por qué todos estos extremos, m alma? Porque la ligereza de tus divinos cascos y el egoismo de mi profundo amor, así lo requieren.

Está enajenado mentalmente por ti, Lola paradisiaca, tu

Rodríguez.

P. D.—Aseguran que un tal Roberto... Pero no es posible.»

III

«Lola mía: No es precisamente que los celos me devoren, porque ya sé con quién me gasto el dinero; pero las mujeres vais sacando los pies de las alforjas y las piernas de las faldas, y eso no pueden tolerarlo vuestros amantes, si no han empeñado la vergüenza y han perdido la papeleta. Yo te daré todos los gustos imaginables y satisfaré tus más extraños caprichos, porque te adoro; pero, entiéndelo bien: como te vea enseñar las rodillas por debajo de las faldas, y llevar los brazos como en un escaparate, y la pechuga como en un cartel, y, además, como te pintes lirios alrededor de los párpados, y rositas en los mofletes, y amapolas en los hocicos, te doy cuatro azotes y mando que te friegue con estropajo el campeón del boxeo.

¿A mí con pintarrajeos y exhibiciones?

Antes quiero verte completamente decapitada, y eso que estoy por ti que babeo sin darme cuenta.

Roberto.

P. D.—Me han dicho que un tal Canuto... Pero no; eso es muy gordo.»

IV

«Cacho de gloria: Me tienes medio muerto desde que te vi por vez primera, no al pie de la enramada precisa-

© Biblioteca Nacional de España

mente, sino al pie de la estatua de Espartero. Soy tan vehemente en las íntimas explosiones de cariño que me estoy quedando como un fideo por causa tuya. Cada vez que tu imagen se planta en mi cerebro pierdo un cuarto de kilo de babilla, y la demacración va apoderándose de este tu amante esclavo, antes obeso.

Se me pueden contar las costillas por encima del gabán. Las vértebras me hacen sietes en las camisas. Y respecto a las ojeras, no hablemos, cielo mío: Me miré ayer al espejo y creí que quien se miraba era una vecina mía que está en el octavo mes de su indisposición.

¿Cuándo me envías el retrato del escote grande? No estaría de más que le acompañases un frasco de «Kola Astier», que es lo que pega mejor para mí.

Ya sabes que con tu amor vive muy hueco tu

Canuto.

P. D.—Sospecho que un tal Pepito... Pero no, Lola mía; tú eres formal...»

Juan Pérez Zúñiga

AVENTURAS DEL "DETECTIVE" MOSQUERA, POR EMILIO CARRERE

EL INGENIO DE MOSQUERA

Nuestro amigo Mosquera, gordiflón, voluptuoso, excelente gastrónomo, enamorado de Conán Doyle, Gastón Leroux y Mauricio Leblanc, los modernos folletinistas, era hombre de ingenio.

Vivía mal, consagrando su actividad al clásico sablazo de dos pesetas, en la Puerta del Sol. Esto le sometía a un régimen de alimentación poco metódico. Almorzaba por la noche y solía cenar a las cuarenta y ocho horas. Era un desorden que le sentaba mal. Tenía que dividir diez menguadas comidas entre los días del mes, y el cociente de estas matemáticas infernales era una neurastenia horrorosa.

El pedigüeño profesional debe ser catedrático de muchas ciencias. Psicólogo, para conocer el postigo del alma por donde ha de colarse en el bolsillo de sus víctimas, que entre la psiquis y la cartera existen misteriosas relaciones. Diplomático y político y con artes de abogado para enmarañar los asuntos más sencillos. Escritor sentimental, para las peticiones por escrito; hombre de sociedad con la flexible condición de adaptarse a los caprichos de los demás.

Mosquera tenía el culto del dinero, el clásico Becerro, diosecillo dorado de esta época y la vanidad de su ingenio y de su desvergüenza.

¿Qué hacer con tan excelentes facultades? La musa de Conan Doyle le sopló en sus orejas velludas de gorila.

Y una buena mañana decidió hacerse detective. ¿Triunfó? La leyenda dice que sí.

Desapareció diez años de la corte. Las gacetas nos contaron cómo el detective español Mosquera, había descubierto la guarida de Jhon, el destripador de mujeres rubias—delicada especialidad en el crimen—y que en Cuba se había apoderado él solo de una secta de terribles ñáñigos.

Robos, asesinatos, crímenes sociales, estafas ingeniosas, todo lo descubría Mosquera. Y, fundamentalmente, había descubierto el medio de vivir como un fúcar.

Rico, según decían las comadres, famoso y un poco más gordo, volvió a Madrid. Le tiraba la vida de su patria chica.

Y como no podía vivir en la inactividad, decidió dedicarse, por deporte, a cierta clase de policía íntima de las buenas costumbres. El, que siempre había sido un sinvergüenza, en cuanto tuvo dinero se trocó en hombre de orden y de moralidad. Este fenómeno se repite mucho en la vida política.

Además, Mosquera había sido desgraciado en amores. Su esposa cometió ligeras infidelidades con el cabildo de la catedral y con los regimientos de guarnición. Fueron frivolidades muy femeninas que disgustaron a Mosquera. No se separó de ella porque Mosquera era filósofo. La comparó ligeramente con las mesalinas de corral, que tan justa reputación gozan de apasionadas y condescendientes. Pero en el fondo le quedó el virus. Y como un apóstol, se consagró a que no hubiera más maridos engañados ni más mujeres traicionadas. Mosquera lo descubría todo y aconsejaba a los cornudos la inocente terapéutica del garrote o la más complicada de la pistola brownig. Era terrible para los demás. Lo que él acaso no tuvo valor para hacer, le gustaba verlo realizado por los demás.

Mosquera fumaba en pipa, como buen detective. Usaba gorro de pelo, porque se le constipaba mucho la inspiración, en las noches de invierno, y cuando estornudaba se le entorpecía considerablemente la facultad de deducir sobre datos inverosímiles. Encendía su pipa con un encendedor que simulaba un candil, casi del tamaño natural, y llevaba un paraguas encarnado. Un carrik a cuadros negros sobre fondo amarillo, se abrochaba con dificultad sobre su vientre de canónigo. Unas gafas caídas sobre la punta de la nariz, encendida ligeramente, le daban un aire de buen burgués a aquel genio del husmeo y de la busca.

Habitaba un piso bajo de la calle de los Irlandeses, en pleno barrio chispero, estrecha calle perfumada por su proximidad con el mercado de la Cebada, poblada de chiquillos medio desnudos y de vecindonas que peinaban sus greñas en pleno arroyo.

Bigardos, descargadores y guardias municipales llenaban las cuarenta tabernas que honraban las diez casucas de la calle. El sol se colaba a veces hasta el fondo sucio de la vía, lleno de desperdicios familiares y hojas de repollo y mondaduras de todas clases que las verduleras de primera hora dejaban caer de sus cestos.

Mosquera no añoraba la quinta avenida de Nueva York, ni el barrio de San Germán, de París. Madrileño de pura cepa, estaba como el pez en el agua o como el puerco en su pocilga.

Su casa estaba ricamente amueblada. Era preciso para conquistar la confianza de sus clientes. Lo más interesante era su gabinete de transformación, donde guardaba sus trajes y sus pelucas.

En el momento que aparece ante nosotros Mosquera pone en orden sus asuntos.

Tiene doce casos muy complicados. Duda. ¿Cuál comenzará primero? Después de perder su dedo en el abismo de sus fosas nasales—ciertas costumbres no se olvidan con el cambio de fortuna, y Mosquera se introducía el dedo en la nariz desde su más tierna infancia—escogió el asunto que él denominaba

Emilio Carrere.

© Biblioteca Nacional de España

LA MUJER Y LOS POETAS

GALERIA DE VERSOS PLATÓNICOS Y ERÓTICOS

Dibujo de FERRER SAMA

EL BOLSO DE MARIA PALOU

Sacarte vi bellas armas
de tu bolso de moaré;
las armas que a tu hermosura
le da amor para vencer.

Ya es el pomito de esencias
o el espejo argénteo es,
o la borla de los polvos
que baña en nácar tu tez.

Como el carcaj de Cupido,
tu bolso esconde también
flechas de coquetería,
venablos de exquisitez.

Pero es tanta tu belleza
y tu gracia tanta es,
que, aun rehusando tales armas
igual pudieras vencer.

EL ESPEJO DE CARMEN JIMENEZ

Es tu confidente amado.
Siempre ante él has acudido
si has triunfado o si has temido,
si has reído o si has llorado.

De él es tu primer mirada
cuando entras en tu buduar;
la última, cuando, turbada,
sales a escena a triunfar.

A él le has dicho tu sentir
cual Moraima a su ajimez.
Mil veces te vió reir,
y llorar alguna vez.

¡Tu espejo! Feliz amante.
Jamas ha sido importuno,
y esté quien esté delante,
le miras más que a ninguno...

Miguel de Castro

INICIACIÓN, POR ALEJO HERNÁNDEZ

En la tarde ardorosa, la virgen pompeyana
escucha de su fuente la cantiga lustral,
y una esclava desnuda, lentamente desgrana
como perladas mieles, los versos de Marcial.

Los exámetros fluyen amorosos y ardientes,
sus jambos, como llamas, dan fuego a los trokéos,
y ha sentido la virgen sus pechos incipientes
henchirse temblorosos de incógnitos deseos.

De Afrodita en el ara arde su carne pura...
Sobre la piel de tigre en que febril reposa
ha sentido, en acceso de súbita locura,
deseos de ir mordiendo las hojas de una rosa.

O pétalos de rosa, o botones de fresa;
algo rojo, algo tibio que humedad rebosara...
Hace un signo y la esclava en su lectura cesa, [plara.
contemplando a su dueña como a un dios contem-

«—Yo quisiera besar (dice la enardecida,)
las rosas rebosantes de frescura y rocío;
los botones sangrientos de la fresa, mordida
sobre una curva móvil de mármol blanco y frío.»

Y la esclava amorosa brindó con gentileza
a la virgen sus labios de rosada frescura,
y en la sedienta boca, su pecho, con presteza,
puso dos fresas trémulas de exquisita dulzura.

© Biblioteca Nacional de España

—Sí, chica, sí; le abandoné en cuanto ví que era un deslenguado.

Dibujo de LINAJE.

AVENTURAS DE UNA CRIADA, POR ALVARO RETANA

MENEGILDA, AL SERVICIO DE UN JOVEN AMBIGUO

Quince años y medio acababa yo de cumplir cuando abandoné mi tercera casa, bien a pesar mío. Pero el trabajo que exigía el estudio me abrumaba materialmente y no tuve más remedio que despedirme del pintor temerosa de que mi naturaleza pudiera resentirse. Y entonces encontré acomodo en casa de un señorito joven que vivía completamente solo sin más servidumbre que una vieja ama de llaves, de señoril aspecto, que por cierto me enseñó a guisar admirablemente.

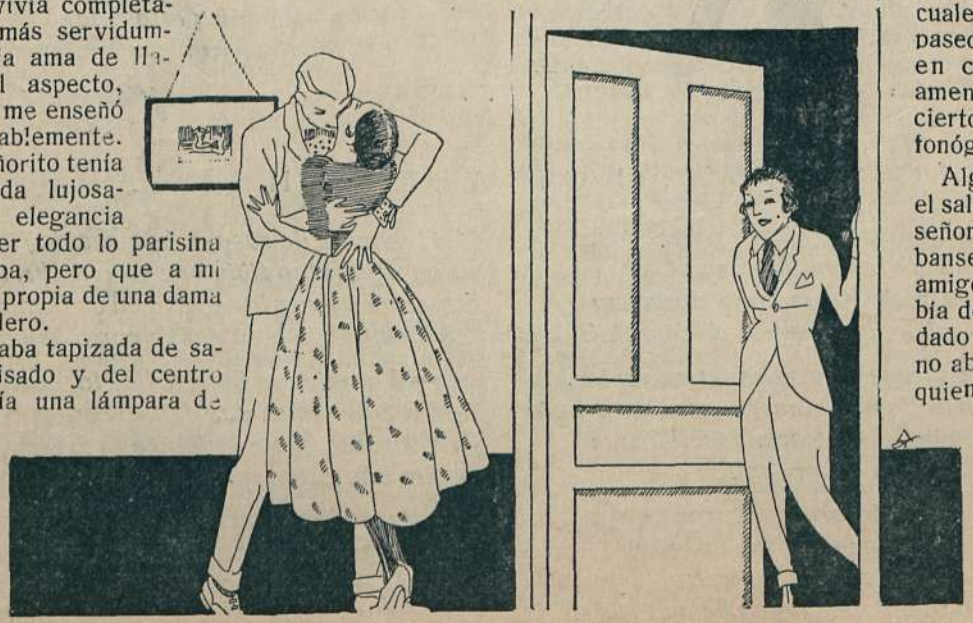
Mi nuevo señorito tenía la casa decorada lujosamente con una elegancia que debía de ser todo lo parisina que él aseguraba, pero que a mí me parecía más propia de una dama que de un caballero.

La alcoba estaba tapizada de satén amarillo plisado y del centro del techo pendía una lámpara de cristales que iluminaba la estancia esplendorosamente. La cama era de limoncillo con unas incrustaciones de bronce—guirnaldas de rosas dieciochescas—y me extrañó que fuese de matrimonio siendo así que el señorito era soltero y en la casa nunca entraban mujeres. Las dos mesillas de noche rimaban a maravilla con el lecho, el armario de luna de tres cuerpos y el tocador, más rebosante de productos de perfumería que el de cualquier señora, y la alfombra, amarilla, bordada con diversas tonalidades de oro, también armonizaba admirablemente con la colcha de seda color fuego. La alcoba del señorito tenía dos puertas: una que comunicaba con el cuarto de baño y otra que conducía a la alcoba del tío del señorito. Porque debo decir que el señorito Paquito tenía un tío que frecuentemente venía a comer con él y que algunas noches se quedaba a dormir en la casa.

El tío del señorito era un caballero de venerable apariencia y ostentaba unas barbas apostólicas cuya blancura le concedían un bíblico prestigio. Era diplomático y debía ser muy rico porque variaba continuamente de trajes y abrigos; lucía alhajas magníficas y además era quien costeaba la costosa existencia de su sobrino. El señorito Paquito no parecía tener otra misión en este mundo que agradar a su tío, al cual trataba siempre con mimoso respeto; y tanto él como el ama de llaves no se recataban en anunciar que el día que el señor falleciese, como era millonario y aunque viudo carecía de hijos, el señorito quedaría heredero de una inmensa fortuna.

El señorito Paquito era muy generoso, bromista y razonable. Me trataba con una cordialidad encantadora y todos sus actos tendían a conquistar mi afecto. Nos dejaba al ama de llaves y a mí en una libertad indescriptible y la única cosa que le ponía de un humor frenético era que interpretásemos mal sus órdenes y recibiésemos a alguna visita cuando él había advertido que no estaba *para nadie*.

Porque mi señorito, que jamás entraba ni salía con su tío, tenía en cambio media docena de amiguitos que oscilarían como él entre los diez y ocho y veinte años—todos a cual más lindos y currutacos — con los cuales iba a teatros y paseos y organizaba en casa unos tes amenizados con conciertos de piano y de fonógrafo.



Algunas tardes en el salón Luis XVI del señorito, congregábanse cuatro o cinco amigos; pero yo había de tener un cuidado supremo para no abrir la puerta a quienes por aquel día se les ponía el veto.

—Oye, nena — deciame el señorito Paco—. Esta tarde vendrán el señorito

© Biblioteca Nacional de España

Luisito, el señorito José Mari, el señorito Pocholo, el señorito Tatito y el señorito Polín. Que pasen, ¿sabes? Pero si vienen el señorito Estanys, el señorito Alvarito, el señorito Alfonsito y el señorito Angelín les dices que está el tío y que no puedo recibir a nadie.

—¿Y si viene el señorito Guillermo?—preguntaba yo.

—Si viene el señorito Guillermo... le pasas al cuarto de baño y entras a decirme que salga un momento.

El tío del señorito debía de haberle prohibido determinadas amistades, porque siempre que venía el señor a casa no se encontraban los amigos del sobrino.

El tío del señorito tuvo precisión de emprender un viaje al extranjero y después de despedirle el sobrino en la estación con lágrimas en los ojos, no hizo más que llegar a casa cuando me envió a la casa de huéspedes en que vivía el señorito Guillermo, con la consigna de traérmelo en el mismo coche conmigo.

Aquella noche el señorito Paquito comió y bebió con más alborozo que nunca, revelando a su amigo que el tío iba a una misión diplomática y que como tardaría en volver dos o tres meses, le había dejado una importante provisión de dinero. Lo único que amargaba su sastifacción era pensar la soledad a que le condenaba la ausencia de su tío.

—¿Pero verdad que tú vendrás todos los días a comer conmigo?—exclamaba gozoso el señorito.—¿Quieres instalarte aquí? Deja esa horrible casa de huéspedes y verás qué bien lo pasamos.

El señorito Guillermo comía silencioso sin contagiarse de la alegría del señorito Paquito, y aquella misma noche se quedó a domir en la alcoba del tío. No se despidió de su casa de huéspedes y por eso las noches que el señorito Guillermo faltaba a comer o a dormir, estaba el señorito Paquito de un humor inaguantable. Y cuando cogía por su cuenta al señorito Guillermo se encerraba con él en el cuarto de baño y tenían unas discusiones peripatéticas.

—Tú te crees que yo puedo ponerme al mundo por montera—decía el señorito Guillermo—y no estoy en tus condiciones. Yo tengo que tener mucho cuidado con lo que hago, porque me expongo a que el dueño de la casa de huéspedes escriba a mis padres y se descubra todo. Tú me quieres mucho, no lo dudo; pero no tienes prudencia y un día me vas a buscar un disgusto con mi familia.

—Tú no tienes que preocuparte de tu familia—vociferaba el señorito Paquito—porque si a final de cuentas te retiran lo que te pasan yo tengo dinero de sobra para que tú vivas como un rey y acabes tu carrera. Lo que pasa es que tú no vienes porque te divierte más irte por ahí de pingo con alguna tía indecente.

—Por Dios, Paquito, cálmate; no te pongas así.

—¡Claro, como yo no te importo nada! En cambio tú, bien sabes que por tí estoy dispuesto a todo, incluso a poner al tío de patitas en la calle.

—Paquito, no digas locuras.

—Yo le he sacado ya al tío muchos miles de duros y como todo lo que hay en esta casa es mío, el día que me quite lo que me da, viviré de mis rentas, y no tendré que aguantar más sus rarezas.

A mí el señorito Guillermo me gustaba sobremanera, porque era la antítesis del señorito Paquito. Los dos eran muy guapos; pero el señorito Paquito resultaba algo femenino y al señorito Guillermo se le notaba enseguida que era un verdadero macho.

Yo caí en la tentación de aceptar sus galanteos, me dejé querer y una noche en que le permití que me abrazase a su capricho con su ímpetu de gladiador, fuímos sorprendidos por el señorito Paquito que rompió a reir estrepitosamente, sin pronunciar una sola palabra de reproche.

Yo bajé la cabeza avergonzada, el señorito Guillermo muy encarnado se desprendió de mí, y al día siguiente... el ama de llaves me invitó a abandonar la casa, no por nada, sino porque al señorito Paquito no le agradaba que sus sirvientes se dejasen abrazar por sus amigos.

Alvaro Retana

INFRAGANTI. —¡Basta, señora! ¡Jamás la creí capaz de afrontar una situación a pecho descubierto!

Dibujo de TITO.

—¡¡Que viene el guarda!!

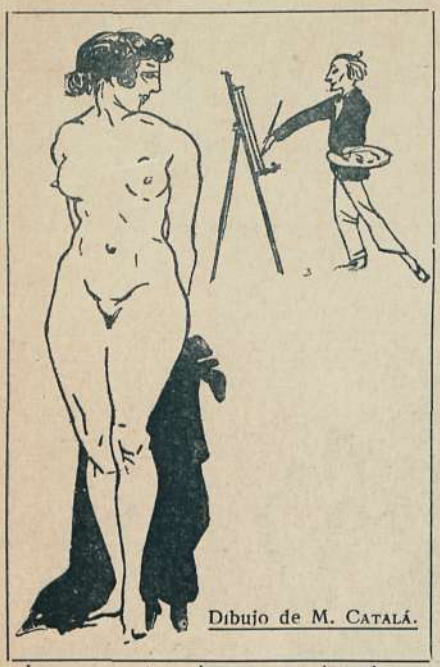
Dibujo de INAJE.

© Biblioteca Nacional de España

En nuestros anteriores números hemos publicado los tipos femeninos de los ilustres dibujantes franceses Fabiano, Vallée, Valdés y Prejelán. Hoy damos los de Herouard.

(De La Vie Parisienne.)

© Biblioteca Nacional de España



Dibujo de M. Catalá.

La modelo. No quiero que me pintes la cara; me conocerían los amigos de mi marido.
El pintor.—Por el resto del cuerpo te conocerán lo mismo.

Dibujo de Rafael

—Si ahora que estamos solos te diera un beso aquí, ¿qué dirías?
—¡Que me dieras otro!

LOS PECADOS SIN PERDON, POR ALBERTO INSUA

EL HERMANO FABRICIO

Aquel penitente me interesaba por su conocimiento de las Sagradas Escrituras y por el terrible combate que libraban en su alma la concupiscencia y el temor de Dios. Su pecado es de los que yo juzgo según la ley inexorable de Moisés. Yo no me inspiro en el Nuevo Testamento, sino en el Antiguo. Jesús me parece un romántico, un héroe de novela sentimental que se pasa la vida perdonando y contradiciéndose. Protege a la adúltera contra los que van a lapidarla, y le dice: «Vete y no peques más», (San Juan. Cap. 8. Ver. 11) y, en cambio, decreta la indisolubilidad del matrimonio: «Pues lo que Dios juntó no lo separe el hombre», (San Marcos, Cap. 10. Ver. 9). Más lógico, más positivo es Moisés, condenando a lapidación y muerte a los adúlteros (Levítico. Cap. 20. Ver. 10), pero instituyendo el divorcio, con disolución del vínculo, en el capítulo 24 del Deuteronomio. Moisés legisla férreamente, mas no deja de tener en cuenta las tribulaciones de la carne. Es implacable para el vicio, pero afloja la mano para el amor. Jesús que perdona a María de Magdala «por haber amado mucho», hace del matrimonio una cadena irrompible. ¿Por qué? Hay contradicción y precipitación en las leyes contra el repudio dictadas por el Nazareno. Moisés no se contradice nunca. Y por eso yo aplico casi siempre su ley, incurriendo en herejía sin que lo sepa nadie: lo que constituye para mí un refinado placer espiritual.

Aquel penitente solicitaba perdón por un pecado abominable: una de esas uniones que prohibe el Levítico, que fueron costumbre en tierra egipcia y cananea, y no han dejado de serlo en ninguna época ni en ningún país. Aquel hombre era un incestuoso. Había descubierto la desnudez de su hija y allegádose a ella. «Ningún varón (Lev. Cap. 18. Ver. 6) se allegue a ninguna cercana de su carne para descubrir su desnudez: Yo Jehová.»

Es cierto, como me hizo recordar el penitente, que su crimen no estaba definido ni castigado de una manera terminante en el Levítico. Hablan las leyes sobre «las uniones prohibidas» de la desnudez del padre y de la madre, de la madrastra y de la hermana, de la nieta y de la nuera. Todos los casos de incesto aparecen previstos y condenados con la pena de muerte por la piedra o por el fuego. Del padre que se allegó a su hija no se habla. A esto contesté:

—Se habla, puesto que «ningún varón puede allegarse a ninguna mujer de su carne», y si no se especifica el caso es, sin duda, por su misma rareza y su espantosa monstruosidad. Ni en Egipto, ni en Canaán, ni en las ciudades malditas abrasadas por la cólera celeste, menudea esta clase de aberración.

El penitente repuso:

—Cuando el patriarca Lot salió de Sodoma y la curiosidad hubo perdido a su mujer, refugióse en una cueva de la montaña con sus dos hijas. Entonces la mayor dijo a la menor: «Nuestro padre es viejo y no queda varón en la tierra que entre a nosotras conforme a la costumbre de toda la tierra... Ven, demos a beber vino a nuestro padre y durmamos con él...»

Interrumpí a aquel hombre:

—...Y concibieron de su padre las dos hijas de Lot, y los dos hijos incestuosos, Moab y Ben-Ammi, fueron el origen de dos linajes que no entran en la congregación de Jehová ni aun en la décima generación... Conozco la Biblia y conozco el mundo. El pecado de las hijas de Lot es una imposición de las circunstancias. Ambas mujeres embriagan a su padre y tienen cópula con él para que no se extinga su progenie por falta de varón.

LAS NUEVAS MODAS Dib. de Hernández.

—¿No te parece, Manolo, que este trajecito va a llamar un poquito la atención?

DEL MAL EL MENOS Dib. de Mijangos.

—Tú me engañas, Rosario... Ahí veo dos hombres...
—Cómo se conoce que estás borracho. ¡No hay más que uno!

© Biblioteca Nacional de España

—Tal la interpretación ortodoxa del texto bíblico, pero cabe preguntarse si no fué Lot el seductor de sus hijas y, en todo caso, si no se prestó gustoso a las caricias de éstas...

Me indigné:

—¡No, señor; no cabe preguntarse eso! Los versículos del génesis que tratan de la destrucción de Sodoma, y del éxodo de Lot y sus hijas son terminantes. Usted ha confundido a Moisés con Bocaccio y yo no puedo tolerar la tergiversación. No me refiera su repugnante historia porque no habré de ponerle como epílogo el perdón que usted busca. ¡Retírese!...

Entonces el pecador levantó la cabeza y vi uno de los rostros más bellos que puedan imaginarse: una frente noble, unos ojos de dulzura seráfica, una boca en la que apenas el labio inferior revelaba sensualismo.

—Hermano—le pregunté sorprendido—¿cómo pudo incurrir en tan abominable culpa?

—Por amor. Yo tenía menos de veinte años cuando traje al mundo a esa criatura. Hastiado de la madre, huí. Estuve ausente mucho tiempo, mucho, sin pensar en mi mujer ni en mi hija, como no fuese para enviarles dinero. Un día, allá en la América del Pacífico, recibí una carta. Mi mujer había muerto, mi hija quedaba sola y tenía quince años. ¿Qué hacer? Volví a Europa, en plena juventud y bastante rico. Llegué a mi casa y me sorprendió la hermosura de mi hija. No se parecía a su madre, sino a mí. La besé con orgullo y con placer. Aquellos besos, que yo creía paternales, me dejaron enfermo de un ansia vergonzosa. Yo no podía ver a Sofía—este era su nombre—sin estremecerme como un enamorado. Yo *no me sentía* su padre, sino un hombre que estaba junto a ella. La niña de un año que yo había abandonado *no era* la virgen esplendorosa que encontraba a mi regreso, en mi casa y a mi merced. Todo fué inútil para vencer esta situación amoral. La ausencia había atrofiado en mí el instinto paterno...

—¿Abusó usted de ella?

—La seduje. Pasé por todas las etapas de la pasión, hasta satisfacerla. Fuí inconcebiblemente feliz...

—¿Sin espanto? ¿Sin remordimiento?

—Con espanto, con remordimiento. Y esto aumentaba la intensidad del placer...

—Comprendo... No insista. Hay una voluptuosidad en cada aberración, una embriaguez en cada crimen. Es usted el hombre más desventurado del mundo...

—El más desventurado, porque mi pasión ya no puede anegarse en el placer prohibido. Sofía ha muerto, horrorizada y extenuada por nuestro amor. Huíamos de él y lo llevábamos en la carne y el alma. Yo no vivo sino para lamentar la felicidad perdida: aquel infierno que mi locura trocaba en paraíso. Y mi dolor es tanto, que sólo la idea de un consuelo divino me sostiene. No quiero morir, sino olvidar recordando... Recordar cada día menos, alejarme de mi pasado como de una selva encendida, volviendo el rostro para ver empequeñecerse las llamas admirables, hasta ser un suspiro de humo en el firmamento. No solicito perdón, sino asilo en esta santa casa.

—Aquí expiarás—le dije.

Y no fué difícil obtener del Prior que aquel hombre entrase en nuestro monasterio, al que hizo donación de todos sus bienes, que eran muchos.

El Hermano Fabricio fué un religioso ejemplar. Cuarenta años tenía al entrar en mi Orden. Su belleza apolínea levantó en algunos frailes los deseos que acarrearon sobre las ciudades malditas las llamas de Jehová. Atento sólo a su salvación, el Hermano Fabricio supo seguir heroicamente su áspero camino de penitencia. Ayuno y cilicio fueron, en cortos años, transformando su belleza en tristeza, y su juventud en ancianidad precoz. Era mi penitente. Yo le había absuelto, al fin. ¡Tan grandes eran las pruebas de su contrición!

Mas una mañana le encontramos muerto en su celda. Sus ojos parecían contemplar un espectáculo voluptuoso. Su boca sonreía con deleite. Y entre sus dedos fríos advertimos un objeto de cristal y de oro. Era un medallón con una imagen: la imagen de una mujer joven y de incomparable hermosura, que se parecía a él...

—Su hija—murmuró el Prior.

Yo no dije nada. El Hermano Fabricio había muerto en pecado mortal. ¿Podía yo ensañarme con su triste envoltura humana?

Le cerré los ojos. Ungí sus manos y sus pies. Su espíritu, que yo había perdonado, no quiso perdonarlo Dios.

Alberto Insúa

LA SEÑORA CURSI

—¡Parece mentira; yo no tendría valor para salir tan desnuda!

Dibujo de MURO.

—Lo que me molesta de Luis es que no pasa día sin que se tire una plancha.

—¡Anda! Pues a mí eso no me preocupa. Julio se tira tantas al cabo del día...

Dibujo de MÁRQUEZ

© Biblioteca Nacional de España

UNA NOVELA TACHADA POR LA CENSURA, POR JOAQUIN BELDA

(Continuación.)

. . . . . .

¡Quién iba a decirle que sobre aquel mismo revolcadero iba él, algún tiempo después, a dejar, víctima de una ....., la propia .....!

Pero no adelantemos los acontecimientos, pues, aparte otras razones, los muebles los tomó Lanzarote a plazos.

Angustias no quiso visitar la nueva casa hasta que no estuvo terminada casi del todo su instalación. Aun así tuvo ocasión para añadir todos esos detalles que una mano experta de mujer—sobre todo si es mano habituada a hacer .....—, pone siempre en el adorno de una casa, y en el corazón del hombre a quien ama.

La primera visita seria al nido fué una orgía completa: el coronel, haciendo un esfuerzo y tocando llamada y tropa a sus agonizantes energías, logró echar tres ..... sin intervalos, cosa que no le ocurría desde que, en un consejo de guerra en Cuba, echó a presidio a tres desgraciados, acusados de inteligencia con el enemigo.

Y ella, agradecida a aquel alarde, le juró amor eterno sobre la cabeza de su ....., que, como testigo de mayor excepción, seguía impávida, aguantando a pie firme aquella lluvia de ternezas, a las cuales la infeliz venía a servir de pararrayos.

Comenzó entonces una serie de visitas vespertinas en el pisito coquetón, tan lejos del mundo, que a Lanzarote le hicieron muy pronto forjarse la idea de que todo lo que él había hecho hasta entonces en su .... vida, todo, lo heroico y lo banal, no había sido más que una preparación y una especie de aperitivo para llegar a esto.

Y ya que *esto* había llegado, él quería hartarse bien de ....., aunque la fatal consecuencia de ese hartazgo a sus años fuese necesariamente una indigestión.

—

Pero, en medio de su vivir paradisiaco, Lanzarote padecía una tremenda preocupación, un temor justificado que bastaba por sí solo para amargarle todas las horas, especialmente aquellas melancólicas de la tarde que dedicaba al libre cultivo del ..... de su amiga.

Lo que el coronel temía, lo que a Lanzarote le aterraba, era que, por un medio o por otro, el ..... del general Ballesta llegase a enterarse de sus trapicheos y surgiese la catástrofe.

Sabía muy bien que el sombrío *Papa negro* no le perdonaría lo que seguramente estimaría como una traición y que sabría aplicarle la pena que él tenía marcada para esta clase de delitos en un código penal que había elaborado para su exclusivo uso particular.

Desde el primer momento empezó a tomar sus precauciones, aunque en rigor no sabía en qué podrían consistir éstas, ya que, a menos de una protección decidida por parte de la Divina Providencia, era seguro que el *Papa negro*, por medio de sus espías, acabaría por enterarse.

¿Espías? Sí, el general Ballesta los tenía a su servicio, y es de advertir que en la mayor parte de los casos, no se trataba de un espionaje organizado, sino de algo puramente oficioso, del chisme contado por el ..... de Fulano de Tal, o la hija de ..... de Mengano, que, con tal de ganarse la simpatía del general, no vacilaban en convertirse en sus policías.

Lanzarote, por si acaso, empezó a exagerar en público su continente devoto, convirtiéndose en un practicante fervoroso y exagerado, eligiendo desde luego para sus prácticas religiosas—misas, novenas, confesiones y comuniones---aquellos sitios en que Ballesta podría verle, o en que sabía él que su presencia no había de pasar inadvertida a los esbirros del general.

Y se daba en él el caso curioso de que a medida que en sus entrevistas vespertinas con Angustias aumentaba su celo y su ...., aumentaba también al día siguiente su furia devota, en una correspondencia que llegaba casi a ser matemática. Por cada ..... que echaba, una parte más de rosario; por cada nueva caricia, una sarta nueva de rezos.

La fama de piadoso del coronel Lanzarote empezó a circular bien pronto en el medio social en que sus actividades se desenvolvían. El mismo Ballesta empezó a mirarle con cierto celo incipiente. ¿Es que aquel recién llegado, gracias a su virtud y a los alardes de su piedad, iba a terminar por desbancarle a él, que se creía el verdadero representante de la Moral y del Bien en la Tierra? Claro que en el fondo de aquellos celos había una complacencia muy grande. ¿No era acaso Lanzarote obra suya? ¿No se le debía a él, al propio Ballesta, exclusivamente, el ingreso de un miembro más en aquella especie de orden religiosa-militar que él había creado y que era su orgullo?

Una tarde---era la hora en que Lanzarote acudía, con la ....., enhiesta, a su entrevista amorosa---salieron juntos de la casa en que ambos prestaban sus servicios, el general y el coronel. Iban allí cerca, a la cuesta de Santo Domingo, a la casa donde aquella mañana había fallecido el marqués de Rendueles, uno de los ..... consentidos más grandes que había en Madrid, con ánimo de dejar tarjeta y firmar en las listas. Caminaban muy despacio, y de pronto, el general, como sin darle importancia dijo a su amigo:

—Toda esta gente ha venido a interesarse por mi salud...
—¡Y eso que es una enfermedad secreta!

Dibujo de Tito.

Joaquín Belda

(Continuará.)

© Biblioteca Nacional de España

UN CUENTO GALANTE, POR

VARGAS VILA

(Dibujo de Tovar.)

EL CRIMEN DE TOTÓ

El final de una tarde melodiosa;
en el Estío;
delicioso sopor en el campo misterioso y calmado;
el alma de la Voluptuosidad, imperaba omnipotente, en la maravilla de los valles y de los montes, que parecían sumidos en una quietud de catáfora;
las lejanías mirobolantes se hacían esplinéticas en su radiosa inmovilidad;
cerca del riachuelo dormido, la virgen meditaba, quieta, como una ánfora de alabastro, yacente sobre la arena;
el bermellón de los altos cielos se reflejaba sobre el cintillo azul de las aguas, que resplandecían en su gracia fluvial metalescente;
la hora parecía languidecer y hacerse extática sobre el moaré de las aguas y el encanto arborescente del paisaje donde la niña meditaba, en una quietud de lirio tronchado, que el oro del sol, cubría de caricias flabescentes;
las margaritas que la circuían, con su amarillo exánime de oricalco, parecían inclinarse sobre ella, en un gesto febricitante, como si sufriesen también de una lenta consunción de amores;
el Amor no es sino eso: un largo Deseo, exasperado;
su Vitalidad, está en razón directa de la Imposibilidad de su Realización;
el grande Amor, muere como un faleno a la hora de la Fecundación;
lo que le sobrevive es el Hábito, lúgubre genitor del Hastío;
la aurora del Amor es la única hora digna de vivirlo;
y, esa era la hora indecisa y apasionada en que vivía el corazón adolescente de Herminia Ricamor, que ahora languidecía de ensueños, cerca a los verdes follajes y las margaritas de oro, que parecían extender hacia ella sus cálices hechos bocas, para besarla en largos besos de Fraternidad;
el cielo claro y fúlgido como un diamante azul en cuya limpidez las nubes parecían trazar geroglíficos blancos, que un Sol occiduo, ya decrépito se empeñara en descifrar momentos antes de desaparecer del horizonte, en el cual vagamente iban apareciendo las estrellas, Vestales silenciosas, encargadas de mantener el culto de la Belleza Augusta, en el Altar de la Noche sobre el cual, astros reverentes se alzaban ya, como blandones de Adoración;
el Crepúsculo, un grave y suntuoso crepúsculo violeta, precedía a la Gran Taciturna, que dijo el Poeta, y, el amaranto de sus últimas languideces se diluía en el aire, como un sutil perfume escapado del corazón de los luceros, hermanos de los nardos enfermos que a la vera del bosque palidecían de amores;

Herminia Ricamor, deliciosamente bella en el encanto absorbente de sus diez y seis años, se diría una flor más, incrustada en el divino paisaje que la circuia, pero la calmada gravedad de la hora y de los campos, no parecía reinar en el azul turbado de sus pupilas de miosotis, ni en la inquietud de su rostro de medalla siracusana, intensamente pálido, bajo el fulgor de los cabellos ensortijados, que eran como serpientes de oro sabiamente cinceladas por un aurífice toscano para hacerle una cimera digna de coronar su frente pensativa, de Diana en reposo;
vestía de blanco, un blanco tan cándido, que la hacía aparecer como fundida en el corazón del paisaje, opaliverdoso de marisma, al cual, el diminuto bosque cercano, servía como de un marco de acero rectilíneo, ornado de follajes;
solo una gran mancha negra turbaba el nítido candor de las haldas impolutas: era el crinaje negro de *Totó*, el falderillo mimado, el caballero sirviente de la niña pensativa;
el perro dormitaba;
ella, ensoñaba;
¿con quién?
¿con qué?
¿con quién y con qué puede ensoñar una virgen a esa edad de la inquietud febriscitante y vaga?
con el Amor;
y, el Amor, aparece siempre a esa edad bajo las facciones arcangelescas y demoniales de algún delicioso Satanás, con formas grácil es de Adolescente;
y, éste, había aparecido ya ante los ojos vorazmente soñadores de Herminia, en la recia contextura y bajo el elegante traje de *sportman* de su primo Aparicio Romagosa, recién salido de un Liceo, y, venido a veranear allí, a la vieja casa de sus abuelos, de la cual, ella también era huésped; y, muy mimada;
ella y su madre, habían llegado allí al finar la Primavera, para hacer compañía a su abuela, más que septagenaria, y a su tia Tula, vieja solterona y maniaca, únicos habitantes de la austera casa señorial, amén de la antigua servidumbre, que a fuerza de su antigüedad, les era como consubstancial;
el Tedio llenaba la vasta morada y ganaba lentamente las almas todas, como una epidemia letal, haciendo lamentable de monotonía la vida de esas mujeres entregadas a los rezos, los bordados, el arte culinario y el de la repostería, cuando vino a turbar ese letargo la llegada de la tia Eudosia, la más joven de las hermanas, con su

© Biblioteca Nacional de España

hijo Aparicio, mozo muy bello, locuaz, vivaracho y atrevido, apenas rayano en los diez y ocho años, y, traído allí a remolque de su madre, que quería apartarlo de una naciente pasión amorosa, comprometedora y no santa;

era una tarde mordorada, de perspectivas alucinantes, aquella en que Aparicio y su madre, llegaron a *Santa Rita*, la vieja casa solariega, la heredad *de los Julianes*, como la llamaban las gentes campesinas de muchas leguas a la redonda;

Eudosia San Julián, la menor de las tres hermanas, hijas de doña Sacramento Estevez, y casada cuasi niña, con el banquero Romagosa, de una ciudad muy lejana de allí, se conservaba aun bella, con una belleza muy superior a la de sus dos hermanas; ora por su edad, en que les era menor; ora, por su elegancia estilizada con los últimos refinamientos de la Moda, como cumplía a una dama de su posición, hecha a figurar, y a hacer sensación, ya en los salones de su casa, cuando recibía, ya en los de los ricos, más o menos titulados, que frecuentaba;

de sus hermanas, Tula, la mayor, había envejecido soltera, y era ya solterona, después de unos amores desgraciados con un rico terrateniente de aquellos alrededores, y Obdulia, la segunda, casada con don Pedro Ricamor, Abogado y Notario de una Ciudad, no muy lejana del viejo *manoir* de los Julianes, vivía en ella, en un lujo provincial, naturalmente algo cursi, pero de aparatosa opulencia entregada del todo al cuidado de Herminia, su hija, destinada a ser el encanto de la vida de algún rico Señor de esos cortijos, si un milagro no venía a colocarla en más altas esferas conyugales;

la familia toda, cortejaba a la abuela, que se les hacía inmortal, y a la tia solterona, cada día más ricas y más avariciosas, y reunirse allí los veranos, era uno como deber de todos, que sólo Obdulia y su hija cumplían regularmente, porque Eudosia por deberes de sociedad, se veía obligada a frecuentar las playas *chic* y los lugares de veraneo de las gentes elegantes;

talmente era así, que Herminia y Aparicio, apenas si se conocían, y se recordaban cuando muy chicos habían jugado al escondite en el viejo caserón o se habían perdido entre los matorrales enmarañados de los campos circundantes;

así, al verse, fueron como extraños y casi del todo desconocidos;

y, ella, provinciana hasta la médula de los huesos, sintió el deslumbramiento y el temor de aquel mancebo apuesto y galano vestido en traje de alpinista, con pantalón corto, chaqueta ceñida al talle, medias altas, zapatos hebillados sin tacón y gorra de lana, que traía consigo una vistosa escopeta, como si no fuese a buscar allí, otro placer que el de la caza;

y, él, miró con perversa curiosidad a su prima, un verdadero pimpollo de belleza, que con sus trajes, no de última creación, era sin embargo airosa, aunque algo cohibida, por los aires tan elegantes de su tía y de su primo;

no que fuesen modelos de cursilería y extra moda, los trajes de Herminia; eso no; que a la Ciudad Provincial llegaban los últimos modelos, había modistos, y, las mejores costureras la servían;

pero, la abuela no amaba los trajes cortos, y a la tía Tula las faldas angostas y los descotes bajos, le parecían indecentes y pecaminosos, por eso había traido a *Santa Rita*, trajes modestos, adaptables al gusto arcaico y cuasi monacal de las dos viejas moradoras;

pero, aun así, era elegante y sobre todo, supremamente bella, con su palidez sonrosada, de jacinto, sus grandes ojos circacianos, su cabellera opulenta y las formas exhuberantes de su cuerpo de una belleza oculta, tentadora;

eso lo adivinó súbito, Aparicio, ya experto en asuntos de esa clase, a pesar de sus diez y ocho años, apenas florecidos;

fueron los primeros abordos, ceremoniosos y fríos, pero poco a poco limáronse las asperezas, acortáronse las distancias, y los dos primos—que no lo eran tanto—llegaron a tratarse con confianza, y aun con cierta familiaridad, no exenta de peligros;

él, amaba la belleza de ánade esquivo y señorial de la joven, y, ella, el aspecto *chic*, el aire *sportman*, y las maneras deliciosamente libres de su primo;

desde luego que en el círculo estrecho y austero de la abuela y de sus hijas, ellos de una seriedad y una corrección insospechables;

doña Sacramento, cuasi ciega por lo avanzado de su edad, no era un testigo peligroso para ciertas libertades, pero, la tía Tula, inquisitorial y rígida, tenía para todas las cosas de la casa, un olfato de perro perdiguero y un ojo de aviador;

doña Obdulia, confiada y bonachona, no veía sino por los ojos de su hija y no quería sino lo que quería aquélla, y a Eudosia, le importaba bien poco la virtud de su hijo, que sabía ya muy asendereada, y la de su sobrina, que no le preocupaba grandemente;

así, los jóvenes gozaban de una relativa libertad, que sabían muy bien aprovechar;

al principio sus excursiones se limitaban al radio del viejo jardín familiar donde rosales virgilianos, y viñedos, que recordaban los huertos próvidos de Horacio, les hacían deliciosas penumbras, mientras viejos árboles adustos les brindaban sus umbrías o arbustos adolescentes les formaban cúpulas cómplices, hospitalarias a sus deseos;

allí baladeaban ingenuamente y romantizaban a su antojo, casi siempre con un libro de versos en la mano, versos que él le murmuraba casi al oído, con un susurro amoroso, como el de una abeja voloteando en torno al cáliz de una flor antes de libar en él;

luego le leyó novelas de Voluptuosidad, iniciándola en la senda de las literaturas perversas, haciéndole apurar las uvas jugosas de los libros sensuales, que la hacían, ora, palidecer de emoción, ora, empurpurarse, en crisis de pasión que la hacían desfallecer;

con miradas certeras de milano, él contemplaba el temblor de la paloma, y cuando los ojos de ésta se hacían oscuros, porque el vaho de la pasión subía hasta ellos, y la voz se hacía trémula y cuasi inaudible, y las manos eucarísticas de blancuras temblaban como las alas de una tórtola agonizante, él sabía aprovechar el momento exasperador, para ensayar el tocamiento atrevido, ensayar el abrazo apasionado, y dar el largo beso incendiario, que hacía temblar la divina flor virginal en la copa del rosal estremecido;

y, entraban de nuevo a la casa enfermos de emoción contenida y de ardientes deseos insatisfechos, turbios los ojos y la mente de visiones impuras, trémulos los labios de besos imprecisos;

y, eran después las citas nocturnas, antes de la cena, en los amplios corredores penumbrosos a la sombra de las enredaderas florecidas, cerca a los fuseales cándidos y a las madreselvas que parecían cubrirlos con una ternura pensativa;

hasta en el Oratorio, a la hora del rosario, que todos rezaban juntos, en el momento de las letanías, cuando la voz solemne de la tía Tula decía el *Virgo Potes, Virgo Veneranda, Virgo Predicanda,* él, siempre muy cercano de su prima, en la penunbra, parecía acompañar la larga teoría de virginidades con sus manos inquietas que ensayaban tocamientos fallidos, en las carnes púberes;

y, Herminia, cuasi en desmayo, murmuraba con voz desfallecida: *Ora pro nobis*; *ora pro nobis*...

© Biblioteca Nacional de España

otras veces, remaban juntos en el pequeño lago de un verde cenagoso y morboso, rompiendo las algas babosas y los líquenes lacustres que se enredaban a los remos, e inmovilizando éstos en el más quieto remanso a la sombra de los sauces coposos que extendían sobre ellos sus cabelleras amparadoras en un gesto calmado de eunucos grasos y rufianescos hechos a proteger tiernos amores;

y, allí se daban las manos y los labios en éxtasis talmente voluptuosos que hacían temblar la vieja barca y los remos inmóviles, bajo los amplios cielos cándidos absortos en su divina beatitud;

y, ahora, como se acercaba la hora de la separación. buscaban lugares más lejanos, donde las manos trémulas de la abuela, no apartaran inopinadamente los follajes para buscar los *niños* como ella los llamaba, ni la tos asmática de la tía Tula, violando el silencio encantador, les advirtiera de su presencia inoportuna, ni doña Obdulia y Eudosia, los pertubasen con el ruído de sus voces y, el *frou-frou* elegante de las faldas de ésta;

por eso, esa tarde, Herminia había escapado hacia ese idílico jirón del valle a la orilla del riachuelo microscópico, rayano con el dintel del bosque de eucaliptus y cipreses, que daba una sombra tumbal y augusta a la quietud de los lugares;

y, allí esperaba a Aparicio, inquieta, más que melancólica, muy triste, por la idea de la próxima partida de aquél, y sentada sobre las gramíneas que le servían de alfombra, acariciaba la cabeza de *Totó*, que dormía sobre sus rodillas;

de súbito al lado allá del riachuelo apareció la figura de Aparicio;

pasó como por sobre un puente roto pisando en las piedras puestas *ad-hoc* para atravesar la pequeña corriente de aguas que allí hacían un remanso y pronto estuvo al lado de Herminia, que le tendió las dos manos amorosas;

él, las estrechó con cariño, pero las abandonó luego, para ponerse a su lado, abrazarla por el talle, besarla en los ojos y en los labios en un loco frenesí de pasión;

ella temblaba de emoción, como una rama en la cual se hubiera posado un pájaro, y lo abrazó con amor y le devolvió beso por beso y caricia por caricia;

y, él se miraba en los ojos de ella, hechos tenebrosos de pasión, y se desalteraba en sus labios trémulos y húmedos, hechos casi voraces; sin otro testigo que *Totó*, que olfateaba y brincaba cerca a ellos, inquieto y celoso;

las manos de él, después de atenacear los senos, buscaban más bellas posesiones, pero debieron ser brutales, porque se oyó un crugir de tela, y, ella gritó:

—Mis calzones... ¡cuidado!, ¡cuidado! que me los regaló tía Tula y los he estrenado hoy;

se alzó presurosa, fingiendo una urgente necesidad, y entró en el bosque cercano;

allí los calzones cándidos, brutalmente rotos cayeron al suelo;

los recogió piadosamente, los dobló con amor y los puso bajo una mata de mirtos, con un libro de oraciones encima;

después la ninfa fugitiva salió del monte;

y volvió al lado de Aparicio;

y, se amaron férvidamente, como no se habían amado aún;

y, el campo tuvo todo, un rumor de Epitalamio;

las estrellas en el cielo y las flores en el campo palidecieron de Envidia...

una voz muy cercana y algo inquieta, se oyó:

—Herminia... Herminia...

—Mamá, mamá, dijo la joven, y, poniéndose en pie, escapó rápida;

Aparicio, se ocultó en el bosque;

ella, se unió a la comitiva de su madre y sus tías que la buscaban; y, todas se dirigieron a la casa, en uno de cuyos corredores, la abuela, como un fantasma negro, perdido en las reverberaciones del crepúsculo agitaba sus brazos para saludarlas, como dos sarmientos viejos, a cuyos extremos la blancura de las manos, las hacía aparecer como dos rosas exangües;

Aparicio, no tardó en aparecer por el lado opuesto del corredor;

y todos se sentaron en sendas mecedoras, haciendo corro, silenciosos, como encantados de ver aquel suntuoso morir del día, tan bellamente extinto, sobre la quietud sagrada de los montes lejanos;

de súbito se vió aparecer en el patio cercano una mancha negra que correteaba, caracoleaba, y se proyectaba sobre la arena roja;

luego subió las gradas de la escalinata;

y llegó al corredor:

—Totó, Totó—dijeron todos;

y Totó, recorrió el círculo, agitando en el hocico algo blanco, como una banderola de paz, ornada de guipures;

—Totó, Totó, ven acá, dame eso—dijo la tía Tula, con su voz imperativa;

el perro, con aire burlón, se sentó en las patas traseras, como dispuesto a no dejarse arrebatar su trofeo.

—Ven acá —gritó la anciana, ya con voz indignada, tomándolo por el collar, que dejó de cascabelear;

el perro soltó su presa;

la tía Tula desplegó ante todos la blanca tela ornada de nítidos encajes.

—¡Mis calzones!...—dijo Herminia roja de vergüenza, y explicándose para sí, dónde el perro los habia tomado.

—¿Tus calzones?...—dijeron las otras mujeres asombradas.

—Sí... una necesidad urgente... los olvidé...—murmuró Herminia...

y bajó cándidamente la cabeza;

todas callaron para no avergonzar a la niña obligada a hacer esa confesión en presencia de su primo.

—Están rotos...—dijo la tía Tula, menos clemente, observando los destrozos en la tela lacerada.

—El perro—dijo la madre.

—El perro—repitieron todas:

y, todas callaron;

la tía Tula castigó reciamente al perro;

y, desde entonces, Totó tiene la mala reputación de haber sido él quien rompió los calzones de la niña;

función inherente a todo falderillo que se respete.

Vargas Vila

AVISO IMPORTANTISIMO

Habiendo llegado a nuestro poder el papel especialmente fabricado para esta Revista, **a partir del número 8, publicaremos los dibujos A TODO COLOR,** en vez de los bicolores que veníamos dando, con el fin de avalorar aun más este sin par semanario, verdadero alarde editorial por su selecta y copiosa colaboración literaria y artística. Cierto es, que sin la ferviente acogida que nos ha dispensado el público, no podríamos llevar a cabo este sacrificio...

© Biblioteca Nacional de España

Eva, según la ven.....

TALLERES DE PRENSA POPULAR.—CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 8.008.—TELÉFONO J-624.—MADRID (8)

Dib. de TITO

© Biblioteca Nacional de España